

BIBLIOGRAFIA

SINTESIS BIBLIOGRAFICA

PLAIDOYER POUR LA VILLE

301.161 : 351.77/79

Resumen del libro del mismo título de Bernard Oudin. Editorial Robert Laffont. París, 1972.

1. Introducción

El problema de la contaminación atmosférica, y en el fondo un problema de crítica contra las ciudades, es uno de los más candentes de la actualidad. Raro es el día o el papel escrito—sea revista divulgadora o especializada, o simplemente diario informativo—en el que no tengamos alguna noticia que acumular a la larga serie de ellas que sobre tal problema se están volcando en estos últimos tiempos (1). Incluso se ha llegado

a hablar de la nueva tarea que a la Administración Pública se le va a asignar en los próximos años, a manera de descubrimiento análogo al que se produjo en aquella

tus y demás basuras en la producción de pavimentos o de la transformación de los plásticos envasados en productos energéticos. La literatura, por lo demás, se va haciendo masiva; en el plano social, o económico o jurídico, van apareciendo numerosos trabajos denotadores de una profunda preocupación por lo que se nos presenta como la mayor plaga del futuro de la humanidad. Tal preocupación ¿es justificada? Aunque todo es según el color del cristal con que se mire, han predominado hasta ahora las tintas negras. De ahí el interés del resumen de la obra de Oudin, que es, paradójicamente, optimista.

(1) Las noticias son del contenido más vario: recientemente se nos hablaba de las posibilidades de empleo de los detri-

época ya pretérita en que se le encargó la misión de realizar y llevar a cabo servicios públicos, ¿una nueva Administración, la Administración de la y contra la contaminación atmosférica o del *medio ambiente*, frente o en lugar de la Administración de la legalidad o de la eficacia, en la que según algunos nos encontramos?

Como cualquier otro problema humano, sus caras o aspectos son múltiples y no únicos ni unívocos. Parece como si en él latiera un viejo temor a la solidaridad humana o social, como si el hombre, que tanto ha oído hablar de la pérdida de su individualidad en las masas, que tanto ha oído aquello de que es un simple número en medio de la muchedumbre urbana, llegara a esa etapa que psicológicamente podríamos calificar de *acongojamiento* y no sintiera más remedio que el que aconseja *salir de la ciudad*. Nunca como ahora están proliferando lo que los urbanistas denominan *residencias secundarias*, necesidad de tener otra vivienda los fines de semana donde se piensa recuperar las fuerzas para poder reemprender la vida el resto de la semana en la ciudad. Según esta visión, el nuevo Molot sería la ciudad, una gigantesca máquina tragasereshumanos que les convierte a todos en lo que no son, en seres-robot, sin nada de humanidad y funcionando como sencillos (¿o complicados?) aparatos mecánicos. Resulta que la ciudad, con esto, sería o puede llegar a ser sólo el lugar de trabajo, de la que los hombres se alejarían rapidísimamente tan pronto acabasen éste, por ver en ella un potencial peligro para su

salud. Todos correremos hacia el campo, en una versión de lo que en el siglo romántico se consideró como *una vuelta a la naturaleza*, como un retorno roussoniano que de nuevo nos habla de la bondad y amabilidad de todo lo que huele a primitivo.

El libro de Oudin nos pone de relieve esto; los ataques contra la contaminación son ataques contra la ciudad, y nos advierte asimismo contra la aparente novedad de tal problema. Contaminación, viene a decir, siempre ha habido, e incluso con sorna añade, mucho más en épocas pasadas, y esto, diríamos, por simple lógica o abundancia o escasez de medios de lucha contra ella. Jamás, como sabemos, el mundo ha dispuesto como en la actualidad de tantos medios y remedios para luchar contra todo lo que ofrece carácter malsano. Es cierto que los remedios llevan en sí el germen de los antirremedios (recordaremos toda la campaña mundial contra el DDT y la airada protesta que contra ella se levantó por un premio Nobel que precisamente con sus trabajos ha contribuido al fomento de la agricultura en los países infradesarrollados), lo mismo que los medicamentos humanos crean otros gérmenes para los que son inofensivos, pero también lo es que por simples inventarios de defensas, estamos hoy mejor protegidos que nunca contra lo que antaño eran verdaderas y terroríficas plagas. Oudin creemos que pone las cosas en su punto; con gran lógica, compara nuestra situación actual con algunas—en el tiempo y en el espacio—de las que nos precedieron, y nos advierte de los riesgos

impensados, de las campañas anti-contaminadoras. He aquí lo que nos dice en síntesis:

De Babilonia a Bagdad, de las metrópolis a las megalópolis, de Juvenal a nuestros días, la Ciudad (con grandes mayúsculas), o la gran ciudad, ha representado con curiosa y extraordinaria constancia el papel de ogro o fantasma de nuestra civilización. Peligrosa tanto para la moral como para la salud y el orden público, como fomentadora de vicios, de epidemias y revoluciones, la ciudad en todos los tiempos ha sido acusada de todos los crímenes y lo es aún en nuestros días. Por tal razón es hoy más urgente y apremiante defender su existencia amenazada que combatir tales pretendidos crímenes, de los que el último en su imputación y el más sorprendente de todos los avatares que hasta ahora ha sufrido el *mito de Babilonia* es el de la *polución urbana* (2).

El que la polución existe, es un hecho. Nada hay que objetar; que siempre ha existido, es otro. Que reclama soluciones precisas, técnicas, prácticamente previstas, es

(2) La identificación de la ciudad con el *mito de Babilonia* es sumamente expresiva si tenemos en la mente el final trágico de esta gran urbe histórica, que parece ser ha permanecido y permanece y que sólo sale a la luz en ciertos trances. Los mitos, todos sabemos lo que son: residuos irracionales cuyo empuje puede estar soterrado, pero que no por esto pierden eficacia, aunque sea triste, en el plano racional o de las ideas. Como subraya OUDIN, la ciudad, como devoradora y causa de perdición humana, late en muchas—por no decir en todas—de las campañas que sobre diversos motivos no intentan más que denigrarla. Léase bien lo que a continuación arriba se dice.

evidente. Que en lugar de investigar de forma serena cuáles deben ser los remedios más adecuados para combatirla, se desarrolla en algunos países, y especialmente en los Estados Unidos, un mito de signo particularmente grotesco, es por lo demás, y como lo anterior, también evidente.

El mito existe desde el momento en que el problema toma dimensiones obsesivas, cuando el pánico tiene eco hasta en los medios científicos y cuando verdades no completas risibles son expuestas de modo imperturbable y hasta doctoral.

¿Estaremos ante un nuevo gran miedo apocalíptico, semejante al existente en el año 1000 de nuestra era cristiana, cuando se creía llegado el fin del mundo? El miedo contra la polución atmosférica ¿será el miedo del año 2000 como un eco del gran temor catastrófico del año 1000? Este miedo ha venido representado hasta hace poco por la bomba atómica. Veinticinco años de equilibrio por el terror entre las dos grandes potencias sin duda alguna han sido bastantes para tranquilizar nuestra ansiedad. Con razón o sin ella, la verdad es que la *bomba* nos mete menos miedo. Nuestros modernos profetas han encontrado sin embargo otro *alibi* para dar satisfacción a nuestro gusto por la culpabilidad colectiva, y de esta manera hacernos estremecer con agrado.

Los *antipolucionistas* llevan la batalla en un doble frente: el de la polución de la naturaleza, por una parte, y el de la polución urbana, por otra. El mito de la polución urbana pide la restauración de verdades que no tienen

vuelta de hoja, tarea en la que comienzan a emplearse espíritus aislados por todos los rincones del mundo, algunos incluso con excesiva franqueza, como es el caso de Jacques Bergier, que no ha tenido pelos en la lengua para escribir que «toda esta historia de la polución es un gigantesco bluff... Hubo un problema de polución relativamente importante hace un siglo... Después, a pesar de todas las revisiones y actualizaciones, tal problema no ha dejado de disminuir de forma constante».

Si nos remontamos en el plano temporal, el problema de la polución se revuelve de la misma forma: será mayor a medida que nos alejamos de la época presente. No hay por qué recordar el ejemplo de las calles de la Antigüedad, de la Edad Media, verdaderas cloacas. En París, la primera red de alcantarillado data del siglo xv, lo que no ha sido ningún obstáculo para que la situación sanitaria de la ciudad haya permanecido durante mucho mayor tiempo en un estado precario. Las ciudades europeas han conocido epidemias de peste hasta el siglo xviii, y de cólera hasta el xix. Los coches del siglo xx, suministradores de óxido de carbono, en nada tienen que envidiar a los caballos portadores del tétano ni a las ratas transmisoras de la peste bubónica ni a las aguas impurificadas que transmitían todas las demás enfermedades.

Y en la actualidad no es en Norteamérica ni en la Europa occidental donde es preciso buscar el ejemplo de ciudades auténticamente contaminadas, sino en Hong-Kong o en El Cairo, o en Singapur,

Bombay o Calcuta (3). El caso de estas dos últimas ciudades (así como el de Benarés, donde permanentemente se mezclan los detritus inclasificables procedentes de la cremación de cadáveres), no impide ni a Lanza del Vasto ni a los *hippies* americanos, profetas de la cruzada antipolucionista, servirnos de la India, como punto de referencia de lo que es una nación con ciudades más contaminadas que europeas o norteamericanas que se

(3) OUDIN alude aquí indirectamente a las denominadas *sociedades de consumo*. Si la superfluidad sólo es posible allí donde la necesidad más inmediata está satisfecha, la lucha contra la polución sería —y es— sólo propia de las sociedades desarrolladas; cuando la gente tiene hogares y buenas residencias es cuando puede protestar contra los humos que pueden entrar por sus ventanas. Citar como crítica el autor a la India y tierras parecidas como arquetipos de países o lugares puros es un contrasentido y una paradoja inexplicable si no viéramos en el fondo, como ve OUDIN, un gusto por lo exótico y el contrasentido de los partidarios acérrimos de la lucha antipolucionista. Conociendo aun por referencias la miseria de las ciudades indias, a nadie, sino por puro afán contradictorio, se le ocurre ponerlas como ejemplos vivos de ciudades puras atmosféricamente. V. Hugo criticaba al poeta WOLSWORTH, que sentíase molesto en sus odas contra las fábricas que enturbiaban su poético y azulado horizonte, y que, sin embargo, tan necesarias eran para cubrir las necesidades más apremiantes de los en ellas empleados; una exquisitez análoga será la de quienes critican lo malsano de sus ciudades comparadas con la pureza (¿?) de ciudades de países con escaso nivel industrial y con pervivencia de tabús religiosos que impiden una labor de limpieza de sus calles urbanas (las *vacas sagradas* indias). La envidia de los pueblos ricos por algunos hábitos de los pueblos pobres no dejan de plantearse en un terreno puramente bucólico y también puramente transitorio y temporal, como los viajes a Katmandú.

alegan como muestras típicas de ellas. La India, citada como modelo de pureza y de no-contaminación por todos aquellos *occidentales* que se dicen minados por los miasmas malsanos de sus ciudades, es una verdadera farsa; realmente, ninguna más contaminada que ella (4).

Se nos puede objetar argumentando que estamos refiriéndonos únicamente a la polución bacteriológica y que parecemos olvidar y dejarnos en el tintero la que actualmente es mucho más grave, como es la *atmosférica*, que está íntimamente vinculada con el desarrollo moderno de las sociedades industriales.

Cierto; podemos admitir esta objeción como hipótesis de trabajo, lo que nos obliga entonces a demostrar que este último tipo de polución, atmosférica o industrial, es una amenaza más grave y peligrosa para la salud y la supervivencia de la población que la polución hasta ahora más conocida, como era la producida por los microbios.

Es asimismo verdad que un nuevo problema, desconocido hasta ese momento, ha aparecido en el siglo XIX, con los detritus, residuos y humos derivados de la producción industrial. Pero aun con esto, es absurdo pretender que la polución media de nuestras ciudades ha aumentado. Tan absurdo como la afirmación de los teóricos marxistas, según la cual hace algunos

años, en pleno desarrollo de la sociedad de consumo, la clase obrera sufría una pauperización progresiva y absoluta, afirmaciones en cierto modo paralelas considerando que el color del cielo en las ciudades industriales de 1850 no era de hecho apenas más luminoso que la misma condición material de los contemporáneos.

¿Es necesario recordar que el célebre *smog* londinense, compuesto materialmente, así como lingüísticamente, de niebla natural (*fog*) y de humos de fábrica (*smoke*), ha sido un fenómeno específico del siglo XIX y de comienzos del XX, que casi ha llegado a desaparecer totalmente en nuestros días? El conocido *puré de guisantes*, auténtica capa de oscuridad y sordidez, que cubría las calles de Londres cuando el viento arrastraba los humos del *East End*, hay que colocarlo entre los accesorios lamentables de la Inglaterra victoriana, con Sherlock Holmes y Jack el Destripador.

Desde entonces, la evolución de las técnicas, la cada día menor importancia del carbón como fuente de energía y como materia de calefacción, así como la aplicación de algunos procedimientos anticontaminadores (como filtros, etc.), el alejamiento de las principales industrias de las zonas más habitadas, han mejorado notablemente la situación de las ciudades.

2. La civilización del automóvil

En última instancia, el único elemento que desde hace unos cincuenta años ataca la pureza de la atmósfera (pero apenas a su lumi-

(4) El autor subraya una de tantas paradojas que se alegan en este tema a manera de *slogan*, y que de tanto repetirse llegan a actuar como adormecedor y encubridor parcial de una verdad, y todo el mundo sabe lo que es una verdad a medias. Véase la siguiente nota.

nosidad) es el automóvil, con sus gases y su óxido de carbono.

El automóvil plantea un problema que no tiene defensa; un problema real y cierto, pero al que es posible encontrar soluciones técnicas precisas sin poner por ello en tela de juicio la existencia de toda nuestra civilización urbana o sembrar en ella un clima de pánico.

El ejemplo del automóvil demuestra el error de plantear los problemas de lo que se llama el medio ambiente (*environnement*) en una sola y exclusiva perspectiva ecológica. Confundiendo defensa del medio ambiente y lucha contra la polución atmosférica, se llega a olvidar que el automóvil suscita para el ambiente de las ciudades problemas infinitamente más graves que colocan a examen al vehículo entero y no únicamente a su tubo de escape como causante directo de la contaminación.

De todas las maneras, una concepción puramente ecológica del medio ambiente forzosamente será defensiva, limitativa, incluso, maltusiana, y apenas contribuirá a adelantar las soluciones de nuestros problemas urbanos.

Por lo demás, resulta extraño descubrir problemas donde no existen. La vida social, y particularmente la urbana, suscita ya de por sí numerosos problemas para que se añadan otros inexistentes. En cualquier ciudad hay problemas de sanidad pública y no hay un solo problema general derivado de la polución (5). Como de forma iróni-

(5) Creemos que el planteamiento es el correcto; en la actualidad parece que todos los problemas se quieren hacer de-

ca decía recientemente Medicus: «Es extraño que los hijos de nuestras ciudades, que según algunos tan malas cosas respiran y tantas porquerías comen, sean mayores y más fuertes que los de antes y en nada tienen que envidiar a los hijos nacidos y crecidos en el campo; por el contrario, son éstos los que tienen que envidiar a aquéllos.» Hay otro dato evidente: con polución o sin ella, en las ciudades no dejan de disminuir las tasas de mortalidad.

Pero si la polución es un mito y por ello real y evidente, ¿cuál es su causa y cuál es su objeto? En Europa, algunos conocidos personajes de izquierda, siempre desconfiados por lo que nos llega de América, han anticipado una explicación: la lucha contra la contaminación sería un *alibi* cómodo, una especie de ingenio maquiavélico de los imperialistas para despolitizar a la opinión pública, para apartarla de los verdaderos problemas (guerra del Vietnam, derechos civiles, etc.). No parece que esta opinión explicativa sea exacta dado que la lucha contra la polu-

rivar de la contaminación, cuando, como en el ejemplo citado, los problemas sanitarios han existido siempre, con o sin contaminación. Continuará habiendo problemas particulares; un nuevo problema no puede sustituir sin más a los anteriores; dará una nueva visión y exigirá nuevas soluciones, nada más. Es como el problema de la construcción de viviendas; hoy en él se incluyen enfoques ecológicos, desconocidos hace unos años. Hace poco, en unos coloquios de urbanismo, se destacaban las ventajas de la ecología: si sabemos por dónde van los vientos, podremos saber por dónde se orientarán los humos de alguna fábrica próxima, y el ejemplo puede multiplicarse.

ción aparece justamente en la misma izquierda americana como un tema más que se agrega—y no sustituye— a los que utiliza en su polémica con la sociedad.

Existen en esta obsesión (o *moda*, como quiera considerársela) otras muchas explicaciones posibles. He citado ya esa especie de *culpa colectiva*, sentida frente a los progresos de la Humanidad y como una violación a la Naturaleza. Castigado por los pecados por la polución, el hombre occidental no castiga sólo su culpabilidad, sino que satisface simultáneamente su conciencia (6). Las hordas famélicas del Tercer Mundo han desordenado momentáneamente su *comfort* y su tranquilidad intelectual, pero tales gentes desconocen su bienestar. Es como un razonamiento a la inversa: efectivamente —piensa—, tales gentes y pueblos sufren hambre, miseria, epidemias y otros pequeños males, pero respiran mejor aire y comerán alimentos sanos y naturales cuando yo y mis conciudadanos, desgraciados, hayamos desaparecido del planeta, asfixiados por el óxido de carbono y envenenados por alimentos químicos.

Quizá, con mayores probabilidades, el mito de la polución está ligado con el milenarismo odioso a que la ciudad ha dado lugar.

(6) Este enfoque filosófico-psicológico no es menos apreciable, por lo demás, tan propio de los franceses que nunca dejan de echar su mentalidad cartesiana en el rigor y en la *filosofía* del tratamiento sobre los temas más diversos; hace poco H. Guitton ha volcado las categorías sartrianas del *ser* y el *hacer* a una materia antifilosófica como son los impuestos.

3. La ciudad, origen del malestar

La suciedad, símbolo de impureza, es un tema de ricos despliegues psicológicos y morales. Búsqueda desesperada de la pureza perdida, culpabilidad; todo un rico maná para los psicoanalistas.

Mucho más aún; los que podríamos llamar *profetas de la polución* nos prometen un sombrío porvenir: ciudades irrespirables, habitantes embozados con máscaras antigás, que terminarán por abandonar sus ciudades pestíferas.

Ciudades muertas, víctimas de su propia locura, de su misma existencia, se han citado como ejemplos de lo que hemos estimado como *milenarismo odioso* a la ciudad, pues el mito de la ciudad pecadora tiene como corolario obligado el del castigo y de la destrucción. Lo que podríamos llamar *el mito de Sodoma*.

La ciudad es un desafío. Desafío contra la naturaleza—lo que es verdad—, desafío contra el hombre—lo que es mentira, aunque esto no importa—, desafío contra Dios. Por esto, debe ser castigada. Antaño, la Providencia divina proporcionaba el castigo mediante ángeles exterminadores o epidemias salvadoras. Hoy la bomba atómica ofrece una amplia perspectiva para todas las imaginaciones ávidas de apocalipsis. La polución, aunque más cómoda, dentro de este contexto, se presenta como ejemplar: las metrópolis llevan en sí mismas los gérmenes autodestructores y, por tanto, el instrumento de su propio castigo.

Aunque mencionemos sólo a la polución, esto no significa que nos olvidemos del *ruido*. Sobre el ruido

en nuestras ciudades todo el mundo está de acuerdo y las voces discordantes son rarísimas; una podía ser la del arquitecto Emile Aillaud, quien exclama: «¿Quién hablará de los desmanes cometidos por la fobia contra el ruido? El silencio—de muerte—es uno de los indiscutibles postulados de nuestro urbanismo compuesto de higienes.» Estos delirios que en protestas verbales y en modos de comportarse se alzan contra el ruido, no tienen como centro otro problema que como el del ruido no es mayor ni menos grave hoy que lo fue antes, en todos los lugares en donde los hombres se han reunido... No hace falta que nos remontemos en el tiempo; comparemos el ruido que se produce en una calle comercial del París actual, incluso prohibida a los coches y donde sólo circulan peatones, con la existente en una autopista. La diferencia de ruidos no será muy grande. ¿O es que es más agradable el grito de los comerciantes que el runruno de un motor? Algunos dirán que sí, ya que es más agradable el ruido *humano* y *natural*, a los cuales el odio se adapta mejor, pero aun sin este factor psicológico, científicamente hablando, un decibelio es siempre un decibelio, bien se produzca por el relincho de un caballo percherón que por el de un caballo de vapor.

4. El ruido de las ciudades

¿Ha aumentado el ruido en nuestras ciudades en estos últimos cincuenta años? La respuesta afirmativa no parece muy clara y tajante.

Es mayor el número de coches, pero al mismo tiempo son, pudiéramos decir, menos ruidosos y sus claxons son más suaves. Había antes otras fuentes de ruidos: los que gritaban la salida y venta de periódicos, por ejemplo. Es incontable la aparición de nuevos ruidos: los aviones *jets* y mucho más quizá mañana los grandes aviones supersónicos, crean y crearán alrededor de los grandes aeropuertos modernos *zonas nocivas*, problema real, concreto, que por difícil que sea resolver no significa que no puedan hallarse remedios técnicos y jurídicos para su eliminación. No es, como algunos pretenden, un problema mítico, idea con algunos efectos en la opinión pública. Habría mucho que hablar sobre la pretendida reparación o indemnización patrimonial que debería abonarse a los propietarios de los inmuebles colindantes con esas «zonas nocivas» o causantes directas de elevados ruidos. Habrá casos en que tal indemnización es justa, caso, por ejemplo, del viejo empleado ya jubilado que adquiere una pequeña casa en un lugar tranquilo y alejado y que de la noche a la mañana ve transformarse tal lugar—o con el transcurso del tiempo—en un mundo lleno de ruidos, atronador, a mitad entre la realidad y la ciencia-ficción. No existirá tal derecho, por el contrario, en aquel que consiente y voluntariamente se traslada a vivir en las cercanías de un aeropuerto. Hay cierta hipocresía cuando se olvida que también los aeropuertos actúan de *polos de atracción* de núcleos habitables; en ocasiones sucede que son ellos los que se anticipan a las aglome-

raciones urbanas y no a la inversa (7).

Nuestras ciudades, nuestras fábricas, originan decenas de ruidos desagradables al oído humano, a los nervios o al espíritu; es evidente y no hay por qué negarlo. No hay tampoco por qué hacer la apología del martillo-taladrador. Sólo lo que perseguimos es desvelar la existencia en nuestros contemporáneos de una auténtica obsesión por el ruido y el carácter a veces mítico e indudablemente psicológico de tal obsesión. Obsesión relativamente moderna dado que hasta hace poco era precisamente el ruido lo atrayente, mientras que el silencio (y no ciertamente el de los espacios infinitos (8), asustaba. Lo que era aparentemente más lógico, puesto que el silencio es lo desconocido, la secreta amenaza, la soledad, la muerte, mientras que el ruido es la vida. Dejemos esta neurosis al buen cuidado de los psiquiatras y enfrentémonos con el ruido como lo que es, una manifestación normal de la vida urbana que puede y debe ser —y segura-

mente lo será—disciplinada, pero que en su esencia puede ser asumida perfectamente por el mismo ciudadano y residente de la ciudad.

Al mito negativo de la ciudad inhumana responde como eco el mito positivo de la naturaleza acogedora.

El campo tiene buena prensa, salvo para los que en él están obligados a vivir y que no piden más que medios para salir y alejarse de él. Puede incluso decirse de cualquier ciudad lo que se ha dicho de las ciudades sitiadas: los que en ellas están quisieran salir y los que no están quisieran entrar... A despecho de la espontánea y justificada despoblación de las zonas rurales, el mito rural, del campo, sigue su marcha ascendente. Mito rural mucho más moderno y reciente que el de Babilonia. Notemos que hasta hace poco nadie podría haberse envanecido, sin caer en el ridículo, del «estado de naturaleza» mientras el hombre disponía sólo de medios rudimentarios para hacer soportable tal estado o simplemente *vivable*.

(7) Involuntariamente nos preguntamos sobre los reflejos en España de este punto de vista y encontramos el ejemplo cercano de nuestro mayor aeropuerto internacional, situado en una zona, en su origen, despoblada y sobre y alrededor de la cual, hoy, se han ido levantando numerosas edificaciones de los más variados tipos (incluso hoteles). ¿Es porque la ciudad se extiende o simplemente porque el aeropuerto actúa de foco atractivo? Como alternativa, admite dos respuestas, en este caso, creemos, igualmente correctas.

(8) Es obvio que aquí el autor alude a la metáfora pascaliana que hallaba una prueba de la existencia y magnificencia de Dios creador en los inmensos espacios siderales que, como gigantescas bóvedas, se extienden sobre nuestras cabezas.

5. Visión del campo y, en general, de la Naturaleza en tiempos pasados

Lo anterior no significa que los hombres fueran insensibles a las bellezas naturales ni ajenos al encanto de poder descansar en determinadas épocas del año. Lo que hoy llamamos *residencias secundarias* no datan de ayer; los ricos ciudadanos romanos poseían villas y residencias al borde de lagos o en la región napolitana. Lo mismo acontece en el Renacimiento,

donde los nobles florentinos añadirán a su palacio en la ciudad otro en Fiesole, o los romanos haciendo lo mismo en Frascati o en Tívoli, o los venecianos, a lo largo de la Brenta.

Pero no hay que olvidar que tales residencias no son únicamente de descanso, sino que presentaban simultáneamente una fuerte e influyente nota de utilidad y hasta de necesidad. En períodos turbulentos, eran refugios donde se cumplían proscripciones o penas efecto de la mala fortuna política. (En el mismo siglo XVIII, a los ojos de Voltaire, el principal encanto que le ofrecía Ferney era principalmente la de ser una salida por la frontera suiza.) Centro de reposo, de placer, de refugio, de exilio, las residencias secundarias en tales épocas eran lugares de trabajo y de explotación de la tierra. En medio de una economía esencialmente agrícola, dentro de una aristocracia en que la única fuente de fortuna admitida era la tierra, el cultivo de la naturaleza se confundía con su culto.

Escasos ideales y menos aún, ideología, había que ver en tal situación. Todo lo contrario de lo que pasará a finales del siglo XVIII, en un curioso ambiente en donde se mezclarán la pasión romántica y el rigor moral. Se hablará de *rusonismo* aun cuando Rousseau no haya sido el autor de las mayores naderías sobre la vida en el campo. Diderot («Todo es bueno y bello en la naturaleza y el huracán que se levanta a fines del otoño, sacude los bosques y golpeando unos árboles contra otros, rompe y desgaja las ramas muertas»), Bernardino de Saint-Pierre y muchos

otros, han sido los autores de muchas perlas del más puro oriente sobre el campo. En cuanto a Rousseau, se ha dejado llevar por algunas ingenuidades, especialmente, a propósito del hombre feliz, de la dichosa suerte del hombre primitivo que gracias a su estado natural, *se eleva hasta el instinto de los animales* (consideraciones que le valdrán las ironías de Voltaire cuando exclamaba que «tiene (Rousseau) envidia de caminar a cuatro patas, cuando se lee su obra»).

Curiosamente, la fuerza de las teorías roussonianas irá decreciendo rápidamente y apenas dejará otros frutos que los meramente literarios. Al menos en Europa. Paradójica, aunque indiscutiblemente, será en Estados Unidos, país en cuyo suelo se han levantado las ciudades más pobladas del mundo entero, en donde más se conservará entre sus pensadores e intelectuales, una corriente filosófica cuya idea central será *una vuelta a la Naturaleza*, con una persistencia que no cesa de ser sorprendente.

A mediados del XIX, H. D. Thoreau, autor de *Walden o la vida en los bosques*, del que los hippies se proclaman hoy herederos, se retira en la pequeña ciudad de Concord (Massachussets), predicando la *desobediencia civil*, la vuelta a las raíces de la naturaleza, la reducción de las necesidades y proclamando que *en la vida salvaje y primitiva, está la salvación del mundo*, máxima que repetidamente encontramos hoy en forma de anuncio en los distintos parques nacionales de los Estados Unidos. En nuestros días esta forma de pensamiento la hallamos dividida:

por una parte, una corriente tradicionalista, llena de puritanismo, que va desde los lectores del *Old's Farmer's Almanac* a intelectuales como Vance Packard, riguroso crítico de la sociedad de consumo, o Lewis Mumford que denuncia al americano, convertido en un *baby sitter* de la máquina. Por otra parte, una corriente revolucionaria, más en sus costumbres que en sus ideas, que efecto de los *beatniks* de los años 50, ha concluido en el movimiento *hippie*, opuestos a la civilización urbana y partidarios del retorno a las comunidades rurales.

Dejando de lado la ideología, lo más interesante de esta visión es el mito de la naturaleza y de la sana vida rural que ha dejado en la psicología de los hombres que les lleva a creer confusamente que hay una vida mejor al alcance de su mano, con tal de dejar la ciudad (*donde se lleva una vida de locos*) y refugiarse en el seno de la acogedora naturaleza.

Muchos son los escritores que han alimentado el citado mito, y muy pocos los que se han atrevido a atacarlo. Es verdad que la naturaleza permite escribir *bellas páginas*, posibles y futuros temas de redacción en las escuelas y colegios, páginas tanto mejor escritas cuanto más confortable haya sido el cuarto en donde se han redactado. Citemos en sentido inverso al mito, a O. Wilde que aún con mucha paradoja, dijo con mucha verdad que «la naturaleza es inconfortable. La hierba es dura, húmeda, llena de terribles mosquitos. Si la naturaleza fuera confortable, jamás la humanidad hubiera descubierto la arquitectura. Sólo una

casa nos da una idea de lo que son las exactas proporciones. En ella, todo nos está subordinado, todo está concebido para nuestro uso y placer. Cuando de ella salimos, cuando franqueamos la puerta, nos convertimos en algo abstracto e impersonal; nuestra individualidad nos abandona. La naturaleza es tan indiferente... Cuando me paseo por el parque, tengo la impresión de que no cuento para ella más que el animal que come en el prado o la rosa que crece. Es evidente que la naturaleza de testa al espíritu».

6. Armonía de la ciudad con la Naturaleza

Sin hacer literatura, conviene recordar algunas cosas evidentes. Primera: la naturaleza es nuestra madre nutricia, pero sólo a condición y gracias a previa transformación humana. La agricultura ha dejado de ser ya la simple recolección; la cría de ganado tampoco se reduce exclusivamente a la caza. Tanto una como otra, agricultura y cría, son explotación de riquezas naturales, pero no una explotación espontánea, sino artificial, en proporción a los medios, trabajo e ingeniosidad de los agricultores.

Tampoco hay que olvidar que toda la naturaleza es igualmente acogedora, cualquiera que sea la idea que puedan de ella formarse los turistas que no conocen del mar más que sus playas, de las montañas sus pistas soleadas o del campo, sus caminos sombreados. No hace falta evocar el Polo Norte ni el Sahara, ni el bosque amazó-

nico, ni los desbordamientos de la naturaleza, ni los *elementos desencadenados* de los volcanes, ni los temblores de tierra, tifones. Basta con que pensemos en los cambios atmosféricos de nuestros propios países, en los presuntos climas templados, en la dulce Francia. ¿Pensará que la naturaleza es acogedora aquél que por cualquier razón se encuentra en ella lejos de su coche o de un lugar habitado? Comparada con la aglomeración más rústica, el campo más adecuado deja de ser un refugio moral, psicológico o material.

Es curioso constatar cómo la palabra *ciudad* se acompaña a veces irremisiblemente del calificativo *inhumana*. En principio, hay contradicción en los términos: nada es más humano que la ciudad, dado que justamente son los hombres los que la han edificado. Hay también contradicción en los hechos: la naturaleza no ha sido creada por Dios para permitir a los hombres huir de sus ciudades, sino que son precisamente éstas las que permiten a los hombres abrigarse de los rigores de la naturaleza.

En la imaginación del ciudadano rusioniano, el mito de la naturaleza se confunde con el del modo de vida rural, sano, reposado, adaptado al ciclo natural y a las estaciones, garantía de longevidad y de resistencia frente a los desarreglos mentales y frente a los infartos. Evidente contrasentido: el ciudadano, en el fin de semana o en vacaciones, proyecta sus propios estados de ánimo sobre el mundo que le rodea y se imagina que los techos de su cabaña protegen y garantizan la paz de su cuerpo y espíritu.

De estos malentendidos mentales, se derivan otros en el comportamiento del hombre de la ciudad frente al campo. Se puede comprobar que ama la naturaleza como un *gourmet* ama a los animales. Se cree que huyendo de la ciudad y su polución, abandona todos los aspectos negativos de la civilización urbana, cuando no ve que él mismo es el agente contaminador; ensucia el aire puro con los gases de su coche, la arena y la hierba, con los papeles grasos que arroja, turba el silencio con sus transistores y el ruido de sus motores; desnaturaliza los albergues naturales con sus *campings* y sus residencias secundarias. El hombre no ha esperado a la polución industrial o la de los insecticidas para explotar la naturaleza a su provecho, mediante métodos a veces brutales y que no siempre han garantizado su perennidad. A comienzos de nuestra civilización, Mesopotamia, hoy desértica, era fértil y verde; víctima de una explotación intensiva, así como de fenómenos de erosión natural, convirtióse en desierto. Nada nuevo hay, pues, bajo el sol. Es una ley natural, común a todas las edades, la de asegurar la supervivencia a la generación presente, dejando al trabajo e ingeniosidad de las futuras el cuidar de acumular los medios necesarios para cumplir con su destino y misión.

7. Punto de vista final sobre la polución

La polución de la naturaleza como problema tiene fundamentalmente dos aspectos: el primero

afecta sustancialmente a las industrias y sus técnicas. En una primera etapa, se ha creído resolver el problema que planteaban estas industrias implantando fuera de las ciudades aquellas que se estimaban como más *peligrosas* en el plano contaminador. Si a corto plazo esta solución ha logrado alejar de los habitantes urbanos el peligro más inmediato, hoy se ve que el peligro renace al considerarse que la conservación de un medio ambiente natural sano, incluso de los lugares más alejados, es tan vital como el de la atmósfera de las ciudades.

La conclusión que se impone es que las verdaderas soluciones están en el plano técnico, en los focos de donde parte la contaminación. Mas en problema de medio ambiente, hay otro aspecto o matiz como es el urbanístico, en donde reina una gran confusión. Es innegable que todo el mundo admite que los espacios vírgenes deben preservarse, para que el mayor número posible de ciudadanos residentes en las ciudades pueda en ellos respirar. ¿Es preciso para esto que las ciudades se conviertan en desiertos y como decía Alphonse Allais reconstruirlas en el campo, donde el aire es más puro? ¿No convendrá mejor liberar y favorecer en él un turismo de aislamiento? Es el mismo problema que se plantea a propósito de la querrela «casas individuales-inmuebles residenciales colectivos», que no es más que una forma de plantearse el problema fundamental de la ocupación del espacio. Desde el ángulo que aquí nos interesa desta-

car, la residencia individual, sea primaria, sea secundaria, más que un homenaje rendido por el ciudadano a la naturaleza, es, dentro de esa misma naturaleza, el caballo de Troya de la polución urbana.

Al remoto diálogo de la ciudad y el campo, ha sucedido desde comienzos del siglo XIX, el balbuceo de un mundo sin gracia ni personalidad, semiurbano, seminatural, que los americanos han calificado con un solo adjetivo: *rurban*, simbólicamente derivado de *rural* y *urbano*. La ciudad no deberá avergonzarse de lo que es: una *antinaturaleza*, porque ahí es donde está su razón de ser. Entre la ciudad y la naturaleza, no hay síntesis posible. La misma Venecia, construida en medio de un ambiente acuático, no es una excepción. Por el contrario, es la más urbana de las ciudades, dado que en ella la *antinaturaleza* toma aires de auténtico desafío, incluso, de una verdadera apuesta. Y Claude Parent tiene razón cuando afirma, partiendo precisamente del caso de Venecia, que la ciudad debe ser *una isla en tierra firme*, debiendo ser *repulsiva* frente a su medio ambiente. La paradoja revela que la naturaleza estaría mejor preservada si paralelamente las ciudades, obedeciendo a sus propias características, se atrevieran a ser lo que ellas son. Naturaleza y ciudad, simbólica imagen de la oposición milenaria de la naturaleza y de la cultura. Hoy el fin de todo urbanismo debiera ser salvar tal dualismo, o al menos, aquella parte que pueda ser salvada.

VALENTÍN R. VÁZQUEZ DE PRADA

Publicaciones de la Escuela Nacional de Administración Pública



estudios del instituto de desarrollo económico

ESTUDIO SOCIOECONOMICO DE ANDALUCIA

Volumen III

EL SECTOR AGRARIO Y FACTORES GEOGRAFICOS EN EL DESARROLLO DE ANDALUCIA

En este volumen, el tercero y último del «Estudio socioeconómico de Andalucía», se recogen dos trabajos: «El sector agrario», del Profesor Herbert KÖTTER, y «Factores geográficos del desarrollo de Andalucía», de Joaquín BOSQUE MAUREL, Catedrático de la Universidad de Granada.

El objetivo del primer estudio es identificar los obstáculos institucionales y de organización que impiden la integración del campo andaluz en el desarrollo del país. Las recomendaciones del trabajo se enmarcan, en gran parte, con las formuladas en el informe del Banco Mundial y de la FAO sobre el desarrollo de la agricultura en España; sin embargo, este nuevo informe ofrece una visión más completa de los problemas.

La base teórica del segundo se asienta sobre la necesidad de conocer en profundidad la realidad geográfica de la región si se quieren obtener conclusiones fiables en el estudio de sus problemas socioeconómicos. El trabajo se presenta en tres capítulos diferenciados, aunque plenamente interrelacionados. El primero analiza los factores naturales; el segundo, las regiones geográficas en que el medio físico andaluz se encuentra parcelado; el último está dedicado al análisis de la población y sus actividades económicas. Cierran el estudio apéndices estadísticos y bibliográficos que reflejan el material básico de esta investigación geográfica sobre Andalucía.

Un tomo de 456 páginas, 450 pesetas

Venta en principales librerías y
Boletín Oficial del Estado (Ediciones) - Trafalgar, 29 - Madrid 10